

JOANA MARCÚS

TRILOGÍA FUEGO

CIUDADES DE FUEGO





LOS ANDROIDES PERDIDOS

Al romper el alba, habían abandonado los tres vehículos.

Alice sentía que no había parado de huir desde que había salido de su zona por primera vez. Primero había escapado de los guardias grises de la capital, después, de su destino a manos de Charles, también de su antigua ciudad envuelta en llamas y, justo cuando había creído que había encontrado un nuevo hogar, volvía a verse obligada a marcharse. Solo que esa vez el enemigo era la Unión.

Y es que, después de meterse en los ordenadores de la ciudad, dejar escapar a los androides retenidos, tomar a uno de sus soldados como rehén y robar tres coches... ¿qué otra alternativa tenían aparte de escapar?

Sin los vehículos, la única opción era andar. La nieve crujía bajo sus desgastadas botas negras a cada paso que daba. Rhett y Trisha iban a su lado, en completo silencio. Kenneth se encontraba justo detrás de ellos, todavía esposado. Tras él avanzaba el reducido grupo de androides y la pequeña Blaise. Y, por último, Kai y Maya, que cerraban el pelotón.

Alice echaba ojeadas sobre el hombro en busca de coches

blancos o de uniformes con estampado militar, pero sabía que los de la Unión no iban a encontrarlos tan pronto. Nada más bajar de los coches, Kai había tenido la idea de hacer que los tres vehículos retomaran su camino en direcciones distintas. Si los de la ciudad seguían sus localizadores, cosa que era bastante probable, ellos ganarían mucho tiempo.

Aun así, en algún momento se darían cuenta del truco. Entonces, que encontraran su rastro de pisadas en la nieve era inevitable. Su única esperanza era haber encontrado ya a Charles.

Nunca había tenido tanto frío. La mitad de sus piernas quedaba hundida en la nieve a cada paso que daba, empapando sus pantalones. El aire helado le arañaba las mejillas y los labios, y hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas. Trató de ignorarlo y seguir andando. Podía aguantarlo.

El problema resultó ser que no todos gozaban de tanta resistencia.

Rhett, al ver el estado del grupo de androides, empezó a negar con la cabeza.

—Deberíamos encontrar un sitio en el que descansar —dijo en voz baja—. Ellos ya no pueden más y está a punto de anochecer.

—Sí. —Trisha estuvo de acuerdo. Temblaba de pies a cabeza—. Y también hay que encender un fuego.

Quien más conocimiento tenía sobre el tema era Rhett, así que dejaron que fuera él quien encontrara un lugar apropiado y medianamente protegido. Dio con una pequeña cueva a los pies de una colina. Era diminuta y, aunque tendrían que pasar la noche pegados unos a otros, era mejor que dormir a la intemperie.

Con la ayuda de Alice, Maya y unos pocos androides encontraron material suficiente para hacer una hoguera. En cuanto la primera llama empezó a formarse, todos se acerca-

ron con desesperación, tratando de entrar en calor. Alice se apartó del grupo y se acercó a Rhett, que revisaba las pocas mochilas que tenían.

—¿Habrá comida suficiente? —preguntó sin rodeos.

—No. —Como de costumbre, fue completamente sincero—. Pero podemos cazar o recolectar alimentos del bosque. Hemos salido de peores situaciones que esta.

Alice no estaba tan segura, pero optó por no contradecirlo.

—¿Qué buscas? —preguntó en su lugar.

—Algo para abrigarnos, pero creo que ya lo hemos sacado todo. Ah..., y esta ridiculez creo que es tuya. —Sacó el gorrito rosa y la chaqueta naranja chillón.

Alice esbozó una gran sonrisa y se quitó el abrigo negro para cambiarse de ropa. Seguían encantándole los colores chillones.

—Gracias por guardármelo —le dijo—. Es todo un detalle, cariño.

A Rhett se le enrojecieron las orejas. En lugar de responder, se limitó a ponerle mala cara.

El grupo que los rodeaba era... curioso. Se las habían apañado para cubrir el suelo con algunas ramas y formar una barrera sobre la nieve, pero aun así habría unos cuantos que no podrían protegerse del todo. Esos tenían preferencia para acercarse al fuego y calentarse un poco. Sacaron una lata de comida y la fueron pasando hasta que todos comieron un poco. A pesar de la buena intención, no fue suficiente para saciar el hambre de ninguno.

Para cuando Alice, que había sido la última en comer, dejó la lata en el suelo, se dio cuenta de que nadie estaba intentando dormir. Sus compañeros parecían tensos, pero los androides estaban aterrorizados. No dejaban de echarse miradas temerosas entre sí, como si no entendieran muy bien

cuál era su función en ese lugar, o como si no supieran en qué momento iban a empezar a hacerles daño.

—Creo que no hemos tenido la oportunidad de presentarnos. Me llamo Alice —empezó, señalándose a sí misma. No se le ocurría otra forma de calmarlos.

Lo único que recibió a cambio fue silencio y miradas desconfiadas. Kenneth soltó un resoplido de burla, por lo que se ganó un codazo de Blaise, y Kai se apresuró a intervenir.

—Quizá no nos entiendan.

—Yo soy un androide y os entiendo perfectamente —aclaró Alice.

Aquello sí pareció captar la atención general. Todos los prisioneros liberados la miraron a la vez, sorprendidos, como si el hecho de que uno de ellos estuviera vestido con ropa normal y llevara armas fuese inimaginable.

Lo cierto era que no les faltaba razón; un año y medio atrás, Alice apenas sabía lo que era la violencia. Su vida se basaba en orden y normas hasta que llegó a Ciudad Central, donde aprendió todo lo que sabía en esos momentos. No obstante, tenía que admitir que seguía siendo difícil ver a un androide como algo más que un sirviente, incluso para ella.

—¿Eres... una androide? —preguntó una de las chicas del grupo.

Era muy delgada, tenía una larga mata de pelo castaño suelto y la piel muy pálida, como si no hubiera visto el sol desde hacía mucho tiempo. Alice se había fijado en ella. Se había pasado el viaje entero temblando de pies a cabeza.

—Sí.

—¿Y cómo...? —empezó otro.

—Miente —murmuró una androide de pelo rubio—. Si fuera una de los nuestros, la habrían encerrado.

Se escucharon murmullos de aprobación entre sus compañeros, como si confirmaran que no la creían. Alice inter-

cambió una breve mirada con Rhett, pero enseguida descartó pedirle ayuda. Su solución, muy probablemente, sería exigir que se callaran. Lo que necesitaban era que se relajaran.

—Llevo mucho tiempo fingiendo ser humana —aclaró Alice—. Por eso no me encerraron con vosotros.

—¿Un androide capaz de mentir? —preguntó otro de los chicos, soltando un bufido de incredulidad.

—Bueno, es más complicado...

Pero todos se pusieron a hablar a la vez y la interrumpieron. Alice se pasó una mano por la cara, frustrada, y volvió a levantar la mirada cuando Trisha soltó un «¡Ey!» muy ruidoso.

—Os hemos salvado el culo —espetó—. Lo mínimo que podríais hacer es dar las gracias.

—¿Y quién os ha dicho que quisiéramos que nos salvaran? —preguntó uno de los chicos enfadado.

—¡Quizá solo nos hayáis metido en más problemas!

—Moriremos todos de frío...

Los demás estuvieron de acuerdo, cosa que solo incrementó el enfado de Trisha. Kai, Blaise y Maya observaban en silencio, mientras que Kenneth sonreía ampliamente y Rhett trataba de mantenerse al margen para no empeorar las cosas.

—¡No vais a morir! —exclamó Alice, tratando de calmar la situación de nuevo—. Somos androides, la temperatura no nos puede matar.

—Pero se nos pueden debilitar los sistemas —espetó una chica irritada—. Y ¿qué haremos entonces? Nos volveremos más lentos y nos encontrarán.

—Deberíais habernos dejado allí.

—¡Eso!

—¡Sí, exacto!

—¡Nos han condenado!

Alice se había puesto de pie sin darse cuenta. De pronto,

todos hablaban a la vez. Los observó, confusa, sin saber qué decirles. No esperaba una reacción así. De hecho, no había esperado una reacción en absoluto. Por lo que había visto en las cámaras, sus congéneres eran muy tranquilos. Quizá se les estuviese pasando el efecto de las pastillas azules.

Miró a Rhett, que enarcó una ceja. Con eso le dio a entender que la vía diplomática no iba a servir de nada. Alice se ajustó el gorrito rosa y, cuando vio que uno de los chicos la señalaba con aire furioso, perdió la poca paciencia que le quedaba.

—¿Creéis que os hemos arruinado la vida? —preguntó directamente—. ¡Os hemos dado otra oportunidad!

—¡No la hemos pedido!

—¡Muy bien! ¿Os queréis marchar? Pues adelante. Nadie os detendrá. Nadie os juzgará. De hecho, os dejaremos una mochila y algo de ropa y comida para que no os pase nada por el camino. Pero los demás no tenemos por qué pasarnos todo el camino escuchando quejas de alguien que no quiere venir con nosotros. Así que, ¡venga! ¡Quien quiera irse se puede marchar ahora mismo!

Hubo un instante de silencio en el que los androides parecieron perder la fuerza de voluntad que habían ido acumulando durante la discusión. Retrocedieron un poquito e intercambiaron miradas dubitativas, como si ya no estuvieran tan seguros de sus propios deseos. Quejarse era muy cómodo, pero actuar no tanto.

—Quien quiera quedarse —siguió Alice, aprovechando el silencio— que sepa que lo vamos a tratar como a uno más. Estamos intentando llegar a casa de unos amigos que podrían ayudarnos. No os garantizo que será seguro, igual que nadie puede garantizaros que regresar a la Unión vaya a serlo. Pero lo que sí os aseguro es que allí no os espera nada bueno, mientras que en el lugar al que nos dirigimos nosotros os tratarán como a iguales.

De nuevo, nadie dijo nada. Alice los repasó con la mirada, tensa, preguntándose si se habría pasado. No quería asustarlos, pero tampoco mentirles, y parecía que necesitaban que alguien les diera una dosis de realidad.

Justo cuando pensaba que nadie iba a decir nada, la primera chica que había hablado, la pequeña y delgada, se adelantó un poco y la miró con los ojos algo tristes.

—Sabemos que allí no nos espera nada bueno—le explicó con voz suave—, pero la última vez que nos dijeron que nos estaban salvando terminamos encerrados en esas celdas. Por eso estamos asustados.

Eso la dejó un poco descolocada. No estaban enfadados, sino asustados.

—¿Quién os dijo eso?

—El Sargento —murmuró una mujer de pelo castaño y piel morena—. Conseguimos escapar de la capital con la ayuda de un guardia y...

—¿Cómo se llamaba? —la detuvo Alice.

—No nos lo dijo —respondió uno de los hombres.

—Tenía la piel y el pelo oscuros —describió la primera chica—. Llevaba una de esas armas grandes para disparar muy lejos y era un poco antipático, pero nos ayudó.

Anuar. Tenía que ser él.

Entonces... ¿Alice no era el primer androide al que ayudaba?

—Después de escapar, no sabíamos qué hacer —continuó la mujer de piel morena—. Nos dio una dirección, pero cuando llegamos a la ciudad que nos había dicho vimos que acababa de ser destruida. No nos quedó más remedio que buscar refugio. Y entonces apareció el Sargento.

—Nos dijo que estaba formando un proyecto de futuro —añadió el hombre—. Que quería crear una ciudad como las de antes, y que estaba dispuesto a aceptar androides en ella.

—En cuanto llegamos allí, nos encerró en las celdas —finalizó la mujer—. Es la primera vez que salimos de ese edificio desde hace dos meses.

Kai, al otro lado del fuego, los miraba con aspecto horrorizado. Llevaba mucho tiempo apoyando al Sargento. No debía de ser sencillo darse cuenta de que todo lo que había visto y oído había sido un engaño.

Alice no supo qué decirles. Se había quedado en blanco. Por suerte, Rhett tomó la palabra.

—Si el problema era vuestra condición de androides, podría haberos matado. Sin embargo, os mantuvo con vida. ¿Por qué?

Pareció ser la pregunta clave, porque todos reaccionaron al instante. Algunos se tensaron, otros apartaron la mirada... y, curiosamente, la única que tuvo el valor de responder fue la chica pequeña y delgada.

—Porque experimentaban con nosotros.

El recuerdo fugaz de una conversación con Charles hizo que Alice tragara saliva. Había mencionado algo de una ciudad que no le gustaba porque en ella experimentaban con androides. No le había hecho caso, pensó que era una invención para asustarla, pero también recordaba que Kai había recalcado que el Sargento y el líder de las caravanas no se llevaban bien. ¿Sería por eso?

—¿Experimentos? —repitió Maya pasmada.

Kai parecía estar a punto de vomitar. Blaise le dio una palmadita en el brazo a modo de consuelo. Kenneth, mientras tanto, bostezaba como si la conversación le diera absolutamente igual.

—Sí —respondió la mujer de piel morena—. A algunos nos usaban para comprobar la resistencia a ciertos tipos de daño, a medicamentos... En función de nuestros resultados, lo testaban en sus propios soldados. Y luego estaban los otros experimentos.

—¿Como cuáles? —Rhett era el único que ni siquiera había parpadeado durante la explicación.

A veces, a Alice le sorprendía la entereza con la que aguantaba ciertas cosas. O bien conseguía que le dieran igual, o sabía disimular como un profesional. Estaba casi segura de que era la segunda.

—A 27 le... le... —El hombre que había empezado la explicación cerró los ojos un momento—. Intentaron sustituirle las manos por cuchillas, pero no funcionó. No volvimos a saber nada de él.

—A 31 intentaron dejarla embarazada —añadió la mujer—. Tampoco funcionó.

—Los androides no somos fértiles —intervino Alice.

Casi al instante, la mujer de piel morena esbozó una pequeña sonrisa amarga y apartó el enorme abrigo con el que se había cubierto hasta ese momento. Ocultaba una barriga lo suficientemente grande como para que no cupieran dudas de qué significaba. Alice contuvo la respiración mientras la mujer volvía a cubrirse.

—Murieron otras tres antes de que empezaran a intentarlo conmigo. Parece que soy el único sujeto viable que han encontrado.

Los demás empezaron a murmurar lo que habían hecho con ellos. En algunos casos habían tratado de poner a prueba su resistencia al dolor, mientras que otros habían tenido que someter su capacidad cerebral a examen. El ambiente, al principio tenso, se volvió gélido. Alice solo podía escuchar en silencio.

—No sé qué me hicieron —murmuró la chica delgadita—, actuaron cuando estaba inconsciente, pero..., desde entonces, he sido incapaz de pasar mucho tiempo sin un respirador artificial. Me lo daban solo cuando hacía los ejercicios que me pedían que llevara a cabo. Era mi recompensa. E, in-

cluso entonces, solo me permitían utilizarlo durante cinco minutos.

—¿Y qué pasa si pasas mucho tiempo sin la máquina? —preguntó Blaise con su fuerte acento francés.

La chica no respondió, pero no hizo falta que lo dijera en voz alta. Sus pulmones dejarían de funcionar. Por suerte, Alice le encontró una solución enseguida. Pronto se encontrarían con Charles, irían a su antigua zona y allí encontrarían un respirador artificial. Seguro que había alguno.

—Y ¿dónde están los demás? —preguntó—. En las cámaras vi a más androides.

No le gustaron las caras que pusieron. Especialmente porque 42, su amiga, la que había estado con ella al principio de su aventura, se encontraba entre ellos.

—No nos veíamos entre nosotros —explicó un hombre—. Lo único que sabemos es lo que conseguíamos escuchar a los guardias. Al parecer, se llevaron a todos los de la última generación poco antes de que nos rescataraís.

Rhett, al ver que el ánimo de Alice decaía, le tiró de la manga hasta volver a sentarla a su lado. Ella se dejó hacer de forma casi automática.

—Ya es muy tarde —intervino él—. Deberíais descansar, no estáis acostumbrados a moveros y mañana vais a tener que andar durante casi todo el día. Nosotros nos ocuparemos de las guardias.

Lentamente, todo el mundo fue encontrando su hueco junto al fuego. Algunos apartados, otros un poco más juntos, un puñado encogidos... Alice los observó sin ser capaz de moverse, todavía con la imagen de 42 en su retina. Para cuando quiso darse cuenta, todo el mundo se había acomodado y ella seguía mirando fijamente las llamas.

—Alice —escuchó la voz de Rhett junto a ella—, descansa un poco. Yo me encargo del primer turno.

Fue como si activara un botón para reanimarla, porque empezó a negar automáticamente con la cabeza.

—No, yo... Yo hago la primera guardia.

Rhett no pareció muy convencido.

—¿Estás segura?

—Aunque lo intentara, no podría dormirme. Déjamela a mí, por favor.

De nuevo, él no pareció muy disuadido, pero entendió que no iba a ser capaz de hacerle cambiar de opinión. Asintió con la cabeza y se echó hacia atrás para tumbarse en el hueco que les habían dejado. A Alice no se le pasó por alto el detalle de que tenía los labios azulados y no paraba de temblar, por mucho que intentara disimularlo. Sin decir una palabra, se quitó el abrigo naranja y se lo tendió.

—¿Qué haces? —Rhett lo rechazó alarmado—. ¿Es que quieres congelarte?

—Soy una androide. El frío no puede matarme. A ti sí.

Rhett se quejó dos veces más, intentando devolvérselo, pero al final Alice se las apañó para que se lo pusiera por encima.

—Estoy empezando a pensar que esto de ser humano no tiene muchas ventajas —refunfuñó mientras se acomodaba.

Alice esbozó una pequeña sonrisa.

—Si quieres que te conviertan, solo tenemos que hacerle una pequeña visita a mi padre.

—Sí, qué ilusión.

—¿Sarcasmo?

—Sí.

—Menos mal, ya voy pillándolo.

Rhett suspiró, ya tapado con el abrigo, y la miró con cierta preocupación.

—¿Estás segura de que no lo necesitas?

—Totalmente.

—Como me despierte y estés congelada, voy a cabrearme mucho.

—Bueno, como estaré congelada, no me enteraré.

Alice esbozó una pequeña sonrisa y vio cómo Rhett se daba la vuelta para momentos después quedarse dormido. Al observar su alrededor, vio que los demás habían hecho lo mismo. Kai y Blaise estaban bajo el abrigo de este último, roncando al unísono, mientras que los demás se las arreglaban como podían. Alice echó una ojeada a Trisha, que se había tumbado de lado para darle la espalda a los demás. El peso de la tela evidenciaba el hueco de la parte del brazo que había perdido.

Con un suspiro, volvió a girarse hacia delante y contempló el fuego. Quería pensar que estaba haciendo lo correcto. Quería creer que aquella no era una misión suicida. Que llegarían a un lugar donde todos pudieran sentirse seguros.

Y todo pasaba por encontrar a Charles.